

IN MEMORIAM

VICENTE MARRERO

I

Recuerdo perfectamente cómo conocí a Vicente Marrero, después de haber trabado contacto con su obra y con su fama. Aunque, en puridad, recuerdo que conocí antes al mayor de sus hijos, Bernardino, conocido familiarmente por "Charri", a quien me presentó en marzo de 1979 Enrique Zuleta junior, que a la sazón vivía en España y frecuentaba asiduamente nuestras reuniones de los martes, tras una conferencia suya en la Fundación Universitaria Española, en el seno de un seminario en que también intervino don Ángel González Álvarez. Con tal motivo, Bernardino comenzó a aparecer durante un breve período de tiempo, e incluso discontinuamente a lo largo de los años siguientes, por las dichas reuniones de los martes. Un par de meses después, en mayo, me encontré por vez primera con Vicente. Fue en el consejo de redacción de la revista *Iglesia-Mundo*, que por entonces funcionaba regularmente, y donde tuve ocasión de tratar a personas excepcionales, con muchas de las cuales coincidí también en otros círculos: Juan Sáenz-Díez, Juan María Bonelli, Eulogio Ramírez, Ignacio Toca, los padres dominicos Victorino Rodríguez y Tuya, etc. Dirigía la revista Jesús María Zuloaga y la animaba con el entusiasmo y la devoción de siempre Rosa María Menéndez, viuda de Jaime Caldevilla, que la había fundado. En aquel consejo, que siguió a una resonante conferencia en el club Siglo XXI —a la que por cierto yo había acudido también— del cardenal Marcelo González Martín, arzobispo de toledo y primado de España, asistí a un *scontro* a pro-

pósito de la misma entre Vicente Marrero y Rafael Gamba, a quien también conocí personalmente aquel día. Vicente y Rafael, por entonces para mí don Vicente y don Rafael, contendían sobre la interpretación de su valor. Lo que a Vicente había complacido en grado sumo desagradaba en forma pareja a Rafael. Recuerdo incluso que Rafael Gamba, contundentemente, concluyó que el propio título de la disertación cardenalicia —“¿Qué queda de la España católica? ¿Qué quedará a fin de siglo?”— reflejaba aceptación, siquiera resignada y quién sabe si cómplice, a la erosión del catolicismo en España y su vivencia comunitaria. Gamba y Marrero, conmílités en empresas culturales tradicionalistas en los años cincuenta —de la mano de Ignacio Hernando de Larramendi, que acreditaría su vocación empresarial cimentando la asociación—, y distanciados luego aun sin el menor enfrentamiento, evidenciaban en sus posturas divergentes los cambios introducidos en la Iglesia por el II Concilio Vaticano y en España por la llamada “transición democrática”.

Reconozco que mi cabeza y mi corazón se situaron de inmediato con Gamba, cuyo magisterio me ha guiado desde entonces en tantas cuestiones. A Vicente, por otra parte, seguí encontrándole en los consejos de *Iglesia-Mundo*, a los que él acudía de cuando en cuando y yo regularmente, y pronto en la Asociación de Escritores para el Fomento del Libro que el año 1981 fundamos y pronto se malogró. Recuerdo las pocas reuniones que de ésta se celebraron en la notaría de Juan Vallet y que me dieron ocasión de conocer y tratar también, entre otros, a José María Ramón de San Pedro, Gonzalo Fernández de la Mora, Gregorio Marañón Moya y Amalio García-Arias. Pese a algunas reiteradas discrepancias que procedían de la misma causa que la que acabo de referir tuvo con Gamba, debí caerle en gracia a Vicente, porque me invitó a su casa, cercana a la de mis padres, donde empecé a visitarle. De esta manera nuestra amistad comenzó a estrecharse y se ensanchó a su mujer, Paquita, dama de extraordinario temple, que ha llevado durante años ejemplarmente la terrible enfermedad de Vicente, y sus hijos.

Me hice asiduo, uno de los pocos amigos que le frecuentaban, pues a decir verdad había comenzado un discreto aparta-

miento de toda actividad pública, acrecido tras su jubilación universitaria a finales de los ochenta. De hecho, en esa época, y hasta que la enfermedad le impuso el retiro, apenas creo haberlo encontrado fuera de su casa sino en unos almuerzos periódicos en que Juan Vallet nos reunía también con Rafael y Andrés Gamba y José María Ramón de San Pedro. También acompañé a su casa en diversas ocasiones a amigos españoles o de paso entre nosotros. Entre los primeros, a Estanislao Cantero y a Javier Badía, a quienes obsequió sus libros tras haber participado en una de nuestras reuniones anuales de amigos de la Ciudad Católica; y a los amigos brasileño, chileno y argentino respectivamente, José Pedro Galvão de Sousa, Juan Antonio Widow y Enrique Zuleta senior. Pero, sobre todo, en su casa, llena de libros y de papeles, pasamos muchas veces revista al panorama cultural, político y religioso español, especialmente el del microcosmos que es el tradicionalismo, en una relación llena de guiños por las simpatías y antipatías no siempre alineadas.

Por ejemplo, sabedor de mi admiración y aun devoción por Eugenio Vegas, le gustaba mortificarme con leves ironías que recibían de mi parte contrapunto inequívoco. Lo que le divertía en gran manera. Vegas y Marrero, hombres de signo bien diferente, no habían podido sino chocar en algunas de sus actitudes prácticas, pues a Eugenio le parecía oportunismo cierta versatilidad a que Vicente era dado, mientras que éste no podía sino encontrar rigorista la celosa intransigencia de Vegas. Sé incluso de alguna sabrosa anécdota al respecto. Con Juan Vallet tuvo más sintonía y siempre le oí admirar, más allá de su obra, que por lo demás apreciaba, su cualidad de *manager* cultural. Y no podía sino ser sincero el elogio en quien, durante los años en que dirigió *Punta Europa*, pretendió —en otro terreno, es cierto— algo semejante. Y es que el secreto de la Ciudad Católica, a más de la idea fundacional de Eugenio Vegas y sin desmerecer los aportes tan singulares de tantos y tan variados como notables talentos y tipos humanos que aparecen unidos a su quehacer, está en el tesón y organización sostenidos de Juan Vallet y de quienes le han seguido en buena parte por el aliento que de él han recibido.

Respecto de Rafael Gamba, de quien también estaba bien lejos por tantas cosas, le conmovía la pureza de su tradicionalismo y siempre destacaba los acentos de autenticidad de su pensamiento y lealtad no sólo tradicionalistas sino inconsútilmente carlistas. En el caso de Elías de Tejada se sobreponía sin dificultad el agradecimiento por haberle apadrinado su tardía tesis doctoral a las polémicas —de cierta acritud— que les envolvieron a propósito del menéndezpelayismo político cuando la aparición del resonante libro de Vicente sobre la guerra de España y el “trust” de cerebros. E igualmente solía ponderar el tipo humano del dominico español, al estilo de los padres Ramírez o Victorino Rodríguez. Creo que con el tiempo las fobias se fueron reduciendo y el justo aprecio asentándose con firmeza. Sobre todo los últimos años le gustaba seguir preguntándome por los amigos de aquí y de allá, con quienes yo conservaba una relación epistolar o personal constante y él la había perdido o espaciado. En torno de una gran tetera, podíamos permanecer toda la tarde del sábado conversando sobre un sinfín de asuntos literarios, filosóficos y políticos. De manera que, sin dificultad alguna, antes al contrario naturalmente, integré el magisterio de Vicente en el acervo del pensamiento tradicional que por gracia de Dios ha marcado mi quehacer intelectual y vital. En este sentido, Vegas, Vallet, Gamba o Galarreta, que son de quienes me he lucrado más constantemente, han venido para mí acompañados de Elías de Tejada, Leopoldo Palacios, Álvaro d’Ors, Francisco Canals o Vicente Marrero. No es escaso motivo para dar otra vez más gracias a Dios.

La participación de Vicente Marrero en nuestra obra de algún modo vino ligada a nuestra amistad. Pues aunque también amigo —con los matices que se quiera— de buena parte de los operarios de la primera hora, e incluso habiendo aparecido su firma en *Verbo* a propósito de su libro ya referido sobre el padre Ramírez, su colaboración, sin ser nunca habitual, se espació menos en los ochenta, siendo además ponente en una de nuestras reuniones (*Crisis y revolución en la cultura*, Valencia, 1984) y dirigiéndonos también la palabra a los postres de una de nuestras cenas anuales de San Fernando. Lector cuidadoso de *Verbo* siempre me comentaba en la visita siguiente a la aparición de un

número los artículos que más le habían interesado, al tiempo que prolongaba, matizaba, discutía los juicios contenidos en la revista.

II

Discúlpeleme el relato anterior, que me he permitido incluir, pese al riesgo de ser malinterpretado como una simple ocasión de hablar del propio relator más que del objeto de estas páginas, en atención a cierto tono personal que —sobre la etopeya intelectual del desaparecido— encuentro deben tener también estas notas necrológicas.

Vicente Marrero (Aruca, 1922-Madrid, 2000) es una de las figuras intelectuales más netas, ricas y fecundas del pensamiento tradicional español de la segunda mitad del siglo xx. Pucs su condición ensayista filosófico, cultural, político, literario y artístico lo hace difícilmente parangonable. Lector de español en la Universidad de Friburgo de Brisgovia durante los años de la II Guerra Mundial, donde trata a Heidegger y a Guardini, los avatares bélicos y la falta de noticias de su parte durante un período hacen que sus amigos incluso lo den por muerto y le organicen un funeral. Regresando bien vivo, su salida al ruedo de la vida pública nacional tiene lugar, como antes se apuntó, a través de la editorial Cálamo, fundada con Rafael Gamba e Ignacio Hernando de Larramendi en 1951, donde aparecen sus primeros tres libros: *Picasso y el toro*, *El acierto de la danza española* y *El poder entrañable*. Este último, que a mi juicio se cuenta entre los más agudos libros de pensamiento político del período, fue varias veces reelaborado por su autor con el correr de los años, pero nunca reimpresso. Pero es 1953 el año que marca la historia de su fama, pues se incorpora en tal fecha a la secretaría de la prestigiosa revista *Arbor* —del Consejo Superior de Investigaciones Científicas—, donde comienza a ocuparse de la crónica cultural y donde publica un resonante artículo a propósito del catolicismo de Ortega, mejor, del propósito descristianizador del pensamiento de orteguiano, réplica a personalidades de altísima significación y

en buenos casos notoria influencia (Ridruejo, Marías, García Valdecasas, Aranguren, Laín y Díez del Corral entre otros) que habían protestado precisamente por tal calificación. Su vinculación al grupo Calvo Serer-Pérez Embid, no obstante la independencia de nuestro hombre respecto de algunos de los compromisos de los anteriores, le lleva también a las páginas de Ateneo y a los libros de la *Biblioteca del Pensamiento Actual* y de la *Colección de Bolsillo* de Rialp. Así, en 1955, año de su matrimonio con Paquita del Toro, obtiene el Premio Nacional de Literatura por su biografía de Maeztu, libro de referencia insoslayable para conocer el pensamiento del ilustre escritor y periodista mártir y hoy muchas veces silenciado. Y en 1956 funda, con el mecenazgo de Lucas Oriol, *Punta Europa*, revista que dirige hasta 1966, es decir, la mayor parte y la más floreciente de su existencia, durante la cual convirtió sus páginas en un monumento inteligente y delicado de las posiciones del pensamiento católico tradicional. Durante buena parte de esos años despliega también una intensa vida social, recibiendo a los conferenciantes extranjeros invitados por el Ateneo, época de la que siempre le oí hablar con nostalgia.

Son también esos años finales de los cincuenta y todo el decenio de los sesenta los centrales de su vida. Amén de la dirección de *Punta Europa*, escribe y publica incesantemente. Y en varios frentes. En el artístico da a las prensas su comunicación, en italiano, sobre las corrientes estéticas en España, así como su libro sobre la escultura en movimiento de Ángel Ferrant y su evocación de Rubén Darío. Igualmente aparecen, en el ámbito de la biografía, sus ensayos sobre Unamuno, Ortega, Heidegger y Guardini, y su *Historia de una amistad*, precioso relato de las relaciones literarias y personales entre Pereda, Menéndez Pelayo, Galdós, Valera, Clarín o Rubén Darío. Finalmente, en lo que hace a su veta política, el libro ya citado sobre nuestra guerra y su prolongación sobre la que llama "consolidación política", ocupan el centro de la polémica política nacional.

El siguiente decenio le lleva a la estabilidad profesional y al sosiego intelectual, tras los intensísimos años anteriores. Se incorpora a la jefatura del gabinete de prensa del Ministerio de Gobernación y obtiene plaza de profesor numerario en la Facultad de

Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. Los libros, en cambio, se espacian, como también los artículos, no obstante lo cual sigue escribiendo y leyendo infatigablemente. Recopila también su obra poética, hasta entonces aparecida en cortas ediciones. Y se repliega, conforme comienza a sufrir la marginación consecuente al cambio político, en sus recuerdos, sus libros, sus amigos. Desde finales de los setenta, sobre todo mediados los ochenta, en que le llega la jubilación en la Universidad, su aislamiento crece. Escribe ocasionalmente para *Iglesia-Mundo*, *Verbo* o la recién nacida *Razón Española*, pero sus libros no logran horadar el muro levantado por los nuevos mandarines. A finales de los ochenta le dedico un libro recopilatorio de las críticas recibidas por su obra, con introducciones de mi pluma, que edita la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria y la Fundación Mutua Guanarteme. Libro en que Vicente había puesto muchas ilusiones, su aparición le compensa de muchos sinsabores y su presentación en su isla natal, en el magnífico local de la Fundación Mapfre Guanarteme, de la mano del gran Julio Caubín, siempre amigo hasta el final, se convierte en un gran homenaje a su figura. Pues, coincidiendo con la presentación de sus nuevos libros de poemas, acuden Carlos Murciano y José Hierro. Homenajes que continúan los años siguientes en Canarias y también en el Hogar de sus paisanos en Madrid. La terrible enfermedad neurológica que padece, sin embargo, empieza a hacer presa en él, limitándole de modo progresivo y pronto en forma casi total. Son los años del purgatorio en la tierra, que sufren especialmente Paquita y sus hijos. También, más en la distancia, los amigos. Sea todo para el bien de las almas y nuestra santificación, mientras Vicente ya descansa en la paz del Señor. Reciban sus familiares nuestra condolencia más sincera.

MIGUEL AYUSO